# A pesar de todo, lo atravesé

## Tomo I : Tommaso

Extracto narrativo

R. Marin

Las reflexiones psicológicas incluidas en este extracto se basan en la experiencia vivida y el recorrido personal del autor. No constituyen un diagnóstico ni una opinión clínica.

Contacto: @rmarin.officiel

# Capítulo 1

## Un bambino mal vestito

*Riviera ligur, finales de los años 70*

Hay historias que comienzan antes de que el niño llegue al mundo. Algo ya se ha decidido, algo silencioso, algo pesado, que gravitará sobre los primeros años como una mano apoyada con demasiada fuerza sobre un hombro demasiado pequeño.

Tommaso nació en un pequeño pueblo de la costa ligur, encajado entre los acantilados y el mar, a finales de los años 70. Está escrito en los papeles, el hospital, la fecha, el nombre. Pero el padre biológico no aparece en ningún lugar de esos papeles. No existía, oficialmente. Sigue sin existir, décadas más tarde. Una aventura de su madre, Graziella. Un hombre del que ni siquiera conoce el rostro, ni una foto, ni un nombre, nada. Solo ese vacío en el lugar donde los padres normalmente existen.

Aldo, el hombre que le dio su apellido, tampoco era su padre. Simplemente había aceptado firmar, cubrir las apariencias, fingir que no pasaba nada. Quizás por amor a Graziella, quizás por lástima, quizás por otras razones que nunca se sabrán. Y luego había desaparecido. Como quien se va después de haber hecho un favor, sin mirar atrás. Sin dejar nada, ni una carta, ni una foto, ni siquiera una historia que se pudiera contar después.

Lo que también se sabe, y quizás es lo más pesado de cargar de todo lo que hay que cargar en esta historia, es que antes incluso de su nacimiento, el padre biológico le había pedido a Graziella que abortara. Él, y aparentemente su familia con él. La familia entera se había reunido en torno a una decisión: ese niño no debía venir al mundo.

Graziella había dicho que no. O quizás no había dicho que no, quizás simplemente había seguido adelante, el tiempo había pasado, la barriga había crecido a pesar de todo y la decisión se había tomado sola, en ese silencio particular de las cosas que no se enfrentan.

El caso es que estaba allí. En el otoño de aquel año. En un pequeño pueblo de la costa. En un hospital cuyo nombre desconoce.

Y nadie lo quería.

* * *

Los primeros años son un agujero negro.

De cero a dos años y medio, internamientos. ¿Cuántos exactamente? Ya no se sabe. Los archivos son borrosos, los recuerdos inexistentes porque no hay nadie para guardarlos, nadie que estuviera realmente allí, nadie que mirara a ese niño con suficiente atención como para retener lo que le sucedía. Lo que se sabe es que un niño de esa edad no pasa tanto tiempo en el hospital sin razón. Esos internamientos repetidos dicen algo. Dicen ausencia, negligencia, o quizás simplemente la pobreza de

una mujer joven y sola que no sabía cómo cuidar de un recién nacido. Dicen que nadie venía a buscarlo lo bastante rápido, lo bastante a menudo. Que entre dos visitas, había demasiado tiempo. Demasiado silencio. Demasiadas paredes blancas.

Las paredes de los hospitales infantiles tienen ese color particular, entre el beige y el verde desteñido, algo que pretendía ser reconfortante y que no reconforta a nadie. Colores de compromiso, que no pertenecen a ninguna casa, a ninguna habitación de niño. Colores que dicen: estás aquí porque no hay otro lugar para ti.

Había cunas de metal con barrotes blancos. Fluorescentes que zumbaban por la noche, ese ruido suave y constante, casi imperceptible, que los niños que durmieron en esas habitaciones todavía reconocen décadas después. Cuidadores que pasaban, se detenían, se iban. Brazos que lo sostenían unos minutos y luego lo dejaban.

No recuerda nada de ese período. El cerebro de los niños es misericordioso, a veces borra lo que no puede soportar, protege el cuerpo borrando la memoria de lo que ha sido demasiado difícil de atravesar.

Pero algo queda de todos modos. No en la memoria, en el cuerpo. En los reflejos. En los músculos. En esa manera particular de vigilar las puertas, de acechar las partidas antes incluso de que la gente haya decidido irse. En ese reflejo de apretar lo que se tiene en las manos, un juguete, una mano, un brazo, como si soltarlo significara la desaparición definitiva.

En esa tensión permanente, casi imperceptible, como un animal que nunca duerme del todo, que mantiene un ojo abierto incluso en el sueño, que permanece listo para huir o para luchar o para gritar incluso cuando no hay nada que temer.

A eso lo llaman trauma de apego. No lo llamaban así en aquella época. No se sabía realmente lo que significaba, y aunque se hubiera sabido, no se habrían tenido las palabras para decirlo a propósito de ese niño pequeño en aquella cuna de metal.

Él tampoco habría tenido las palabras. Tenía dos años y medio. Solo tenía una palabra.

* * *

Ingrid vino a buscarlo.

Tenía dos años y medio. Ella tenía unos cuarenta años, una mujer en la plenitud de la edad, con su manera directa de mirar las cosas y esa energía que conservaría toda su vida, esa manera de decidir y de avanzar sin preguntarse demasiado si era razonable.

Buscaba acoger a un niño. Ya tenía a sus dos hijos, Philippe el mayor y Thierry el menor. Todavía en casa, un adolescente y un preadolescente, que partirían algunos años más tarde cada uno por su lado, uno hacia el Norte, el otro hacia el extranjero. Pero algo en ella quería seguir dando. Ingrid era así. Daba.

El pasillo de la institución olía a desinfectante, esa mezcla particular de limpio e impersonal que solo se encuentra en los lugares donde la gente pasa sin habitar nunca realmente. Y la cena tibia que habían

servido unas horas antes en un comedor común, y quizás también ese perfume indefinible que tienen los lugares donde viven demasiados niños en demasiado poco espacio.

Lo que encontró aquel día, en ese pasillo, fue un niño pequeño mal vestido.

Sucio. Las mejillas hundidas, los ojos demasiado grandes para su cara. Esos ojos que se ven a veces en los niños que aprendieron muy pronto a vigilar el mundo sin formar parte de él, ojos que lo observan todo, que acechan, que esperan comprender si la situación es segura o no. Ojos de pequeño animal herido que nunca se ha dejado domesticar del todo.

Llevaba ropa demasiado grande de alguien que había crecido más rápido que sus prendas, o quizás era al revés, quizás la ropa era de otro niño, recuperada de algún sitio, demasiado ancha en los hombros y demasiado larga en las piernas.

No decía nada.

O más bien, solo decía una cosa. Repetida. Como una oración, como una pregunta, como una llamada lanzada al vacío desde hacía tanto tiempo que quizás había perdido la esperanza de que alguien respondiera, pero que continuaba de todos modos, por reflejo, por necesidad, porque era la única palabra que conocía y esa palabra contenía todo lo que necesitaba decir:

Mamma.

No su nombre. No «hola» o «gracias» o «tengo hambre» o «tengo miedo». Solo esa palabra, esa palabra inmensa y frágil a la vez, esa palabra que contenía todo lo que sabía del mundo hasta entonces.

Es decir, muy poco. Y todo, al mismo tiempo.

Ingrid lo miró un momento. Ese niño pequeño con su ropa demasiado grande y sus ojos que acechaban y esa palabra repetida como una letanía.

Y dijo que sí.

Sin vacilación visible. Sin dar media vuelta, sin «déjenme pensarlo». Ingrid no era el tipo de mujer que retrocede ante lo difícil. Había mirado a ese niño pequeño y había decidido.

Años más tarde, lo contará con sus propias palabras, simplemente, sin patetismo, como se cuenta un hecho que sucedió:

«Un bambino mal vestito, infelice, trascurato, che non parlava a parte dire Mamma.»

Un niño pequeño mal vestido, infeliz, abandonado, que solo sabía decir una palabra.

Eso es todo. Sin dramaturgia, sin explicación adicional. Estaba allí. Ella lo tomó. Y ya.

* * *

La casa de la Riviera ligur era grande. Realmente grande, mucho más grande de lo que se habría esperado de una mujer sola con sus ahorros. Estaba construida alrededor de un jardín interior, un patio cerrado y silencioso al abrigo de la calle y del viento y del ruido del tráfico. Y tenía ese detalle extraño, casi mágico para un niño: un techo que se abría eléctricamente.

Se pulsaba un botón, un simple botón en la pared, a la altura de un adulto, y lentamente, con un ruido

sordo de motor, el techo se deslizaba y el cielo entraba. Las estrellas por la noche. El sol por la mañana. La lluvia cuando llovía, y entonces el patio se convertía en otra cosa, algo vivo y mojado y diferente.

Para un niño que había pasado sus primeros años entre paredes blancas de hospital, techos fijos, ventanas altas que no se abren, un cielo que solo se ve de lejos, ese techo que se abría debía de parecerle un milagro. O quizás no un milagro. Quizás solo la primera prueba concreta de que el mundo podía funcionar de otra manera. De que los techos no eran obligatoriamente permanentes.

Philippe y Thierry vivían todavía allí en aquella época. Los dos hijos de Ingrid, un adolescente y un preadolescente, aún en los tiempos de la casa familiar, antes del internado y de las partidas respectivas hacia una gran ciudad del Norte y hacia el extranjero. La casa estaba llena, habitada, viva. Había voces, ruidos de pasos en las escaleras, comidas entre varios alrededor de una mesa. Cosas ordinarias que no tenían nada de ordinario para un niño que solo había conocido los pasillos institucionales y las habitaciones impersonales.

Ingrid cuenta hoy, décadas más tarde, cómo esos dos adolescentes llevaban al niño pequeño a la playa privada, una de esas calas de la costa ligur a las que solo se accede desde la casa o desde el mar, y donde la arena y las rocas pertenecen a quienes saben bajar hasta ellas. Jugaban con él. Lo llevaban con ellos cuando podrían haberse quedado con sus propios amigos en otra parte, haciendo lo que hacen los adolescentes cuando un hermanito imprevisto aterriza en sus vidas. Tommaso no tiene ningún recuerdo directo de esas tardes, era demasiado pequeño. Pero algo se inscribió, sin duda, en lo que lleva sin saber nombrarlo. Los dos hermanos mayores. La playa. El agua. Las risas de niños. La sensación, quizás, de tener una verdadera familia por primera vez.

Tommaso no controlaba esfínteres. Ni de día ni de noche. No era cuestión de mala voluntad, ¿cómo podría un niño de dos años y medio haber tenido mala voluntad en ese terreno? Era cuestión de aprendizaje. Nadie le había enseñado. Nadie había tenido el tiempo, o la presencia, o la paciencia suficiente para enseñarle esas cosas ordinarias que los niños aprenden en los brazos de alguien que los quiere y que está allí, realmente allí, todos los días.

Ingrid se ocupó de ello.

Pacientemente, metódicamente, con esa manera que tenía de abordar los problemas, no con emoción excesiva, sino con constancia. Le hablaba. Le mostraba imágenes en libros, libros para niños con sus ilustraciones sencillas y sus colores primarios. Le ponía nombre a las cosas, a los objetos, a las acciones. Construía algo, ladrillo a ladrillo, en ese pequeño cerebro que había pasado dos años y medio careciendo de todo lo que un cerebro infantil necesita para construirse.

El lenguaje. La estructura. La certeza de que el mundo tenía un orden, de que las cosas tenían nombres, de que se podían designar y comprender.

En el pequeño patio interior había un triciclo. Rojo, de un rojo vivo, casi agresivo, el color de las cosas que los niños adoran inmediatamente. Le dio muchas vueltas a ese triciclo. Horas enteras pedaleando en círculos en ese patio cerrado, las manos apretadas en el manillar, las piernas trabajando con una

concentración furiosa, los dientes apretados a veces por el esfuerzo.
No iba a ninguna parte. El patio estaba cerrado, el triciclo daba vueltas. Pero iba a algún lugar al mismo tiempo, a algún lugar en su cabeza, en esa manera de descubrir que podía impulsarse por sus propios medios, que sus piernas funcionaban y que sus manos sabían sujetar algo y que el movimiento era posible.
Ingrid lo miraba desde la ventana, a veces. Él no lo sabía. Pedaleaba.

* * *

En seis meses con ella, había recuperado peso. Había crecido, no solo en estatura, sino en esa manera de ocupar el espacio, de hacerse menos pequeño en las esquinas, de levantar los ojos hacia la gente en lugar de bajarlos.
Había empezado a hablar. No solo Mamma, palabras de verdad, palabras para nombrar las cosas, la casa, el jardín, las comidas, el triciclo rojo. Palabras que se sumaban unas a otras, que formaban frases cortas al principio, luego un poco más largas. Un niño que aprende a construir el mundo con palabras.
Los niños florecen cuando se les quiere. Es una verdad sencilla y casi brutal, su cuerpo espera esa señal para decidir realmente seguir adelante. Como si la propia biología necesitara la confirmación de que alguien está ahí, de que alguien va a quedarse, antes de invertir en el crecimiento.
Había esperado dos años y medio. Pero había esperado.
Se dice a menudo que los niños son resilientes. Se dice eso para tranquilizarse, para no tener que mirar de frente lo que el abandono hace realmente, lo que los primeros años de negligencia inscriben en un cuerpo y en un cerebro que aún no tienen los recursos para resistir. Es cierto, en parte. El amor de Ingrid cambió algo en ese niño pequeño. Comió, durmió, rio, aprendió.
Pero los primeros años, los internamientos, la carencia, ese vacío original que ningún triciclo rojo y ningún libro ilustrado pueden colmar del todo, esas cosas no desaparecen. Se hunden. Se instalan en las capas profundas, allí donde el lenguaje no llega. Esperan.
Resurgen décadas más tarde. En la manera de amar, demasiado fuerte, demasiado rápido, con ese pánico de que el otro se vaya. En la manera de irse brutalmente, definitivamente, porque esperar el abandono es aún más insoportable que provocar la separación uno mismo.
No es una acusación. Tampoco es una excusa. Es simplemente la verdad de lo que pasa cuando un niño empieza su vida así y crece de todos modos, y ama de todos modos, y décadas más tarde saca unas cajas de debajo de su cama y empieza a escribir.

# Capítulo 2

## La gran casa frente al mar

*Un pueblo de la costa, años 80*

El jardín de infantes le dejó dos recuerdos.

El primero, vago, casi sin contenido: un aula con sillitas de colores y dibujos clavados en la pared con chinchetas. Lápices de colores en cajas metálicas que cada uno recogía al comienzo del día desde un estante compartido. El olor del pegamento y de la pintura seca. Una maestra cuyo rostro no recuerda, pero sí su voz, grave para ser mujer, con aquella manera de hablarles a los niños sin ponerse a su altura pero sin aplastarlos tampoco. Un recuerdo sin historia, apenas una atmósfera. Un color.

El segundo recuerdo es memorable de una forma diferente.

En el autobús escolar, que olía a plástico caliente en verano y a sándwiches aplastados en el fondo de las mochilas, en ese autobús donde los niños gritaban y se reían y se daban vuelta en sus asientos para hacerles muecas a los de atrás, lo inevitable había ocurrido.

Tenía cinco años. Había sentido que algo andaba mal, esa sensación de estar lleno, esa advertencia del cuerpo que los niños de esa edad aún no han aprendido a descifrar a tiempo. Había mirado por la ventanilla. El camino del pueblo a la escuela era largo. Todavía faltaban túneles. Todavía curvas. Demasiado lejos.

No va a entrar en detalles. Ciertas humillaciones de la infancia merecen ser mencionadas sin ser contadas, basta con saber que esas cosas pasan, que uno las recuerda décadas después con la misma mezcla de vergüenza y de compasión por aquel niño que fue. Que uno vuelve a ver ese rostro de cinco años, las mejillas ardiendo, los otros niños que habían mirado, algunos se habían reído y otros no, los otros, los que no se habían reído, Tommaso también los recuerda, con una gratitud tardía. Y dan ganas de decirle a ese niño que aquello no tenía ninguna importancia. Que nunca la tuvo.

* * *

Tenía alrededor de cuatro años cuando se mudaron a otro pueblo de la costa.

La casa era grande, realmente grande, tres pisos que olían a madera caliente y a piedra antigua, con aquel jardín inmenso que descendía en terrazas hacia el mar. Se veía desde el jardín, estaba ahí, abajo, azul y brillante, presente como una evidencia. A cualquier hora del día, en cualquier estación, el aire de aquel jardín tenía ese gusto particular de sal y de yodo que solo el mar le da al aire.

Palmeras cuyas largas hojas chasqueaban suavemente en el viento de la tarde, como manos que aplauden con desgano. Hortensias por todas partes, rosas, malvas, y a veces de un azul casi irreal según la acidez del suelo, que florecían en primavera con una generosidad un poco excesiva, como si la vegetación ligur no supiera detenerse, no conociera la moderación, quisiera siempre más color y más

perfume.

Para un niño criado entre paredes de hospital y departamentos donde el aire olía a encierro, para ese niño, aquel jardín era algo incomprensible. No en el mal sentido. En el sentido de: demasiado grande para caber en las palabras que uno posee. Demasiado hermoso para ser verdad.

Y a veces, por la mañana, cuando el sol atravesaba el jardín en diagonal y hacía brillar las gotas de rocío sobre las hojas de las palmeras, cuando el olor del mar subía desde las terrazas al mismo tiempo que el del café de Ingrid desde la cocina abierta, se detenía ahí, de pie en el pasto todavía frío bajo sus pies descalzos, y miraba. No hacía nada más. Miraba como si mirar ya fuese suficiente. Como si aquel jardín fuera una prueba de que el mundo podía ser hermoso, una prueba que necesitaba, cuya existencia verificaba cada mañana antes de comenzar el día.

* * *

La historia continúa en A pesar de todo, lo atravesé, Tomo I.

© R. Marin, 2026. Todos los derechos reservados.